

IDENTIDAD: RAICES Y VALORES EN AMÉRICA LATINA.

Francisco Piñón

[Versión para imprimir art6_imp.htm](#) [art6_imp.htm](#)

[Identidad y políticas culturales](#)

[Inclusión social y gobernabilidad](#)

[A modo de cierre](#)

"Nuestro arte fue siempre barroco: desde la espléndida escultura pre-Colombina y el de los Códices, hasta la mejor novelística actual, pasándose por las catedrales y monasterios coloniales de nuestro continente. Hasta el amor físico se hace barroco en la encrespada obscenidad del 'guaco peruano'". (Alejo Carpentier, Ensayos)

Alejo Carpentier reflexionaba sobre la identidad latinoamericana [1] tomando como punto de partida el hecho de que América latina fuera la tierra de elección del barroco. No del barroco entendido tan sólo como una corriente estética, como lo que arquitectónicamente se vincula a la idea de "estilo barroco", sino por lo que el barroco significaba como constante universal, como expresión del cambio, de la transformación y la transmutación de las sociedades. Así comprendido, el barroco expresa para Carpentier una constante que está presente en todos los tiempos y en las diferentes culturas, pero muy particularmente en la nuestra.

El barroco se presenta en su obra como cifra y signo vital de Latinoamérica, su aparición en el arte, en la literatura, en la naturaleza, en la urbanística, en la música, en la danza, en la historia o en la vida diaria latinoamericana, define un espíritu simbiótico, expresa la criolledad, el mestizaje étnico y cultural como atributo y destino de nuestros pueblos. Este sentido de lo criollo, de lo mestizo, se profundiza y se actualiza cuando toma conciencia de ser una simbiosis. Para Carpentier, lo que aparece como nuevo en América Latina es la conciencia de ser barroco, la idea clara y distinta de que nuestro estilo propio es necesariamente barroco porque toda simbiosis, todo mestizaje, engendra un barroquismo.

De modo que lo barroco es, para Carpentier, la expresión de la multiplicidad, tanto del origen como de las manifestaciones de los problemas que sufrimos, pero también de nuestras riquezas culturales y de las herramientas con que contamos para resolverlos. En este sentido el espíritu barroco opera como una posibilidad para el cambio y la transformación de nuestras realidades sobre la base de que las diferentes culturas, al converger, se han vuelto una fuente de creatividad inmensa. Esta creatividad, asentada sobre la idea de interculturalismo, de un mestizaje que no ha terminado sino que se reactualiza permanentemente, se enfrenta hoy ante un mundo que, de diferentes maneras, está siendo marcado por la globalización en curso.

Los cambios acelerados, la creciente tensión entre lo global y lo local, entre lo homogéneo y lo heterogéneo, el predominio de las dimensiones económica y tecnológica por sobre las dimensiones políticas, sociales, culturales y medioambientales, la interconexión progresiva de los sistemas de comunicación, las alteraciones en las percepciones del espacio y del tiempo, la emergencia de una cultura de la virtualidad o, la acción y reacción de las identidades a través de la puesta en marcha de una pluralidad de movimientos de auto-definición con base religiosa, nacional, territorial, étnica y de género, todo esto está dejando sus huellas en la dinámica de las sociedades y de la política.

La globalización ha puesto en marcha un complejo proceso de interconexión a nivel mundial que conecta y desconecta, que incluye y excluye a escala planetaria a individuos, ciudades, organizaciones, empresas y Estados. Estas mutaciones en las condiciones en que el hombre habita el mundo, generalmente aludidas como el tránsito de unas sociedades industriales a otras basadas en el conocimiento y la información, tienen sus matices, sus diferencias, sus beneficios y sus perjuicios según la situación social o geográfica en la que nos hallemos, y en virtud de ello, también, su impacto en nuestra vida cotidiana.

Atravesadas por esa lógica dual de inclusión/exclusión, la cultura se está convirtiendo en el "espacio estratégico de comprensión de las tensiones que desgarran y recomponen el 'estar juntos', y en lugar de anudamiento de todas sus crisis políticas, económicas, religiosas, étnicas, estéticas y sexuales. De ahí que sea desde la diversidad cultural de las historias y los territorios, desde las experiencias y las memorias, desde donde no sólo se resiste sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla"[2].

Pero tanto en la ciudad como en el Estado, en las culturas urbanas como en las nacionales, las nuevas identidades se reorganizan y reorientan. Las grandes urbes latinoamericanas, unidades de la expresión colectiva de diversos actores, con sus saberes, valores, normas, actitudes, opiniones o comportamientos, con sus relaciones y sus prácticas, que se erigen en los territorios en donde se concentran las principales actividades económicas, sociales, políticas y culturales de nuestra época; se han convertido en ciudades multiculturales donde el proceso de globalización manifiesta con claridad sus efectos contradictorios.

Es allí entonces donde las identidades enmarcan sus demandas de reconocimiento y de sentido. Un sentido y un reconocimiento que no pueden ser formulados exclusivamente en términos económicos o políticos, sino que nos remiten directamente a la cultura en tanto que mundo del pertenecer a y del compartir con.

Por esta razón, y dado que la globalización consiste en una multiplicidad de procesos multidireccionales que se entrecruzan y articulan entre sí, la identidad se constituye en una fuerza capaz de introducir transformaciones y de emprender una construcción de la globalización "desde abajo", es decir, desde una búsqueda del sentido y del significado de estos procesos a partir de los conflictos que se han generado. Esta búsqueda de una nueva articulación de lo global ha adquirido tanto la forma de una defensa de la heterogeneidad y de los localismos como la afirmación y promoción de los derechos civiles y las ciudadanías culturales.

En el primer caso, ante la amenaza de que la globalización borre las diferencias y opaque las singularidades, empobreciendo las diversas configuraciones simbólicas que expresan las diferentes posibilidades de ser y estar en el mundo, las identidades culturales han buscado reforzar su presencia bajo la irrupción de la multiculturalidad, del ejercicio de la diferencia (la irremediable otredad que padece lo uno que profesaba Antonio Machado [3]), del derecho al reconocimiento del otro, con todo lo que eso significa.

Pero la multiculturalidad no puede quedarse en la afirmación exaltada de la diferencia, ni reducirse a fórmulas esencialistas que, encerradas en sí mismas, huyan de las modificaciones temporales y se refugien en el enaltecimiento de una sola cultura o en la reproducción acrítica de rituales. La identidad cultural no puede ser reducida a un depósito inviolable alejado de cualquier contacto contaminante con lo distinto, con lo otro.

La multiculturalidad necesita, entonces, incorporarse dentro de una perspectiva más amplia que, garantizando su desarrollo, promueva y potencie, al mismo tiempo, su comunicación y su intercambio, su apertura y su hibridación. Se trata de apostar por el sostenimiento de la singularidad cultural, de las diversidades nacionales, locales y regionales dentro de un diálogo entre las culturas, orientándonos así a la conformación de un horizonte común a partir del cual diseñar una cobertura más acorde de nuestras necesidades. Se busca, como ha sostenido el presidente Ernesto Samper, superar dos extremos alrededor de los cuales gira la discusión entre globalización y cultura: "cosmopolitismo con ideología única o multiculturalismo con pluralismo ideológico".

En este sentido, la consolidación de democracias sociales participativas (concientes de las capacidades para la transformación social que estas conllevan), la resolución de profundas situaciones de inequidad en el acceso y la distribución de los bienes materiales y de los servicios, la incorporación dificultosa de una gran mayoría a los mercados laborales, la debilidad de los actores sociales tradicionales y de las instituciones representativas o, la consolidación de nuevos modos y estilos productivos y de desarrollo, son sólo algunas de esas necesidades a las que

podemos hacer frente a partir de nuestras reservas culturales, apelando a la capacidad transformadora del espíritu barroco al que hacía referencia Carpentier. Para la realización de estos objetivos es necesario concretar el pasaje del multiculturalismo (como reconocimiento previo de las identidades, de la diferencia entre "nosotros y ellos") al interculturalismo (como las condiciones de comunicación en un futuro compartido), para que, a partir de este pasaje, se ponga en juego lo que Manuel Castells ha definido como identidad-proyecto [4], aquella que, construida por los mismos actores en base a los materiales culturales de los que disponen, busca, al definir estos su posición en la sociedad, transformar toda la estructura social.

Pero, ¿hay una identidad latinoamericana suficientemente desarrollada como para convertirse en proyecto?, o tal vez ¿existe una identidad iberoamericana suficientemente desarrollada como para convertirse en proyecto?, ¿Esta "conciencia de ser" que evocaba Carpentier, puede llegar a ser también un proyecto?, en otras palabras, ¿Puede una identificación colectiva, situacional e histórica en la que conviven muchas identidades, como es el caso del "espacio cultural común" iberoamericano -en el decir de García Canclini[5]-, traducirse en un proyecto político y económico que acompañe el rol que nuestra región tiene que cumplir en el mundo de hoy?

En el marco de la línea de cooperación "Pensar Iberoamérica" de la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI), un espacio de reflexión y concertación que pretende encontrar claves para la acción y la cooperación tanto de los gobiernos como de la sociedad civil, se realizó en Buenos Aires durante los días 15 y 16 de abril, en forma conjunta con la Corporación Escenarios, el Seminario sobre "Identidad: raíces, valores y cultura".

Con la finalidad de generar un conjunto de análisis y recomendaciones que sirvan de base para el debate sobre cultura y globalización, en orden a la elaboración de la agenda global para América Latina, el Seminario contó con la presencia de especialistas e investigadores de diferentes disciplinas de la cultura como Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Carlos Monsivais, Mirko Lauer, Juan Cobo Borda, Heriberto Muraro, Luis Alberto Quevedo y Fernando Rueda. Panel en el que participamos con el presidente Ernesto Samper Pizano.

Sus aportes nos han permitido evidenciar la dimensión de un tarea colectiva nunca acabada: la de construir y llevar a la práctica social una identidad propia, una identidad latinoamericana (que considerando la composición de esta reunión, deberíamos extender dicha tarea a toda Iberoamérica). Una identidad que afirme un proyecto de desarrollo y una especificidad propios, coherentes con nuestra historia, arraigados en la igualdad de oportunidades, en la equidad y en la justicia social como valores irrenunciables. Una identidad, en fin, que encontrando una de sus fuentes de sustentación en la conciencia de las potencialidades de una América Unida, sea capaz de generar un ethos comunitario, un entramado de respuestas elaboradas a partir de las demandas formuladas por las necesidades de desarrollo espiritual y material de nuestras propias sociedades.

Esta identidad necesita, para que ello sea posible, asegurar al mismo tiempo un contrato de carácter cultural, un contrato en donde los múltiples códigos culturales, en donde las múltiples identidades existentes (representadas en América Latina, en Iberoamérica, en los propios Estados o hacia el interior de los mismos) se comuniquen entre sí y lo hagan, en condiciones de mayor igualdad simbólica también para con el resto del mundo.

Se trata, en definitiva, de garantizar la coexistencia de la multiplicidad teniendo en cuenta al mismo tiempo su afirmación. En palabras de Castells: "En una perspectiva histórica, y en el mundo en general, la clave de un desarrollo fecundo de las identidades colectivas es su transformación de la resistencia al proyecto, de la defensa de la memoria colectiva a la construcción común del futuro" [6].

Identidad y políticas culturales

La revolución tecnológica de nuestro tiempo no puede entenderse como la simple incorporación o acumulación de un mayor número de máquinas, sino como una

nueva relación entre los procesos simbólicos que constituyen lo cultural y las formas de producción y distribución de bienes y servicios. Entre ambos media el conocimiento como una fuerza de producción vital[7].

Esta nueva forma de producción y distribución de bienes y servicios se corresponde con lo que algunos autores denominan economía informacional[8]. En ella, la productividad y la competencia dependen en forma creciente de la generación de nuevos conocimientos y del acceso al procesamiento de la información. De allí que a partir de 1950 los insumos de la ciencia, la tecnología y la gestión de la información fueran decisivos en el incremento de la productividad y actuaran como la base material para la integración de los procesos económicos.

En la sociedad del conocimiento y la información, la mediación de la tecnología dejó de ser algo instrumental para transformarse en estructural[9]. Pues lo que ha cambiado "no es el tipo de actividades en las que participa la humanidad sino su capacidad tecnológica de utilizar como fuerza productiva lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica, su capacidad para procesar símbolos" [10]. Se trata de comprender entonces que "la tecnología remite hoy no a unos aparatos sino a nuevos modos de percepción y de lenguaje, a nuevas sensibilidades y escrituras"[11].

La sociedad de la información queda definida no sólo por el acento puesto en el conocimiento, que se ha convertido ciertamente en la materia prima por excelencia, sino y fundamentalmente, porque es en ella en donde el desarrollo económico, social y político se halla cada vez más estrechamente ligado a la innovación, es decir a la creatividad social.

Una capacidad de innovación que se halla asociada a la velocidad de asimilación de los cambios tecnológicos. Una asimilación que es proporcional al nivel de acceso, manejo y comprensión de estas tecnologías, algo que reproduce y aún amenaza con acrecentar las fuertes asimetrías en la población mundial. Para muchos países, uno de los retos más urgentes consiste en traspasar la nueva "brecha tecnológica" (interior y exterior), que en la era de la globalización divide a las economías según su capacidad para generar, asimilar y difundir el conocimiento.

Reducir la brecha digital implica entonces extender al mayor número posible de personas la capacitación que se requiera para aprovechar la herramienta tecnológica. Una herramienta que se ha vuelto central en la medida en que la comunicación ha entrado a formar parte sustantiva del campo de la cultura y ha definido la relación de exposición y apertura en la que se hallan unas culturas con respecto a las otras. Exposición y apertura que implica, por un lado, llevar adelante la tarea de transformar y de recrear lo propio y, por el otro, de conseguir una apropiación creativa y una invención de lo otro.

Ahora bien, ¿Cuál es entonces el sentido que adquieren las políticas culturales ante el cambio tecnológico? ¿Cuál su función ante los retos de la democracia multicultural?.

Comenzaremos por decir, con Jesús Martín Barbero que "el nuevo imaginario relaciona la identidad mucho menos con mismidades y esencias y mucho más con trayectorias y relatos. Para lo cual la polisemia en castellano del verbo contar es largamente significativa. Contar significa tanto narrar historias como ser tenidos en cuenta por los otros. Lo que entraña que para ser reconocidos necesitamos contar nuestro relato, pues no existe identidad sin narración ya que ésta no es sólo expresiva sino constitutiva de lo que somos" [12].

De esta manera, para que la multiplicidad de las culturas del mundo sea tenida en cuenta políticamente, es necesario que las diversas identidades puedan ser contadas. Esta puesta en juego de una pluralidad de culturas en diálogo, indiferentemente de que se trate de un diálogo transnacional o al interior del Estado, implica una interculturalidad en la que, la coexistencia de códigos y relatos diversos modifican la experiencia "tradicional" de identidad. La globalización, entonces, además de generar una mayor circulación de productos, ha producido una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas y entre países en

donde, escuchando a otros, narrando y contando lo propio y, reinventando ambos, las sociedades van consolidando espacios y proyectos propios.

En este sentido, se encuentra abierto el debate internacional en torno a la preservación de la diversidad cultural y su relación con el papel que las industrias culturales y los medios de comunicación desempeñan en la construcción de las identidades. Una cuestión particularmente vinculada a la construcción de un espacio cultural latinoamericano que sea capaz de articular, bajo relaciones más simétricas, un diálogo multicultural con el resto del mundo.

Gobiernos, instituciones, organismos y foros han llamado la atención sobre la necesidad de resolver las asimetrías existentes en un área que, como el comercio de bienes y servicios culturales, constituye (y todo hace prever que continuará siéndolo durante las próximas décadas) uno de los segmentos más dinámicos y con mayores perspectivas de crecimiento.

Un mayor equilibrio en las condiciones que hacen viable contar nuestros relatos viene dado por postular un trato específico para los bienes culturales y educativos. Como se sostiene en la Declaración de Cochabamba, correspondiente a la VI Conferencia Iberoamericana de Cultura: se trata de "reconocer que en las negociaciones comerciales internacionales y en la creación de nuevas normas para el comercio mundial, la cultura debe ser tratada en su integridad y especificidad, considerando el valor agregado que incorpora en la producción de los bienes y servicios. Por tanto, se recomienda considerarlos como rubros diferenciados del trato generalizado que caracteriza a las negociaciones comerciales internacionales, debido a que sus contenidos conforman las identidades"[\[13\]](#).

O como señala el documento "Cultura, comercio y globalización", elaborado por la CERLAC-UNESCO, "El problema concierne a la comunidad internacional en su conjunto y afecta principalmente a los países en desarrollo, desprovistos del necesario tejido de industrias culturales a su vez indispensable para difundir la expresión de su vibrante creatividad nacional. Las culturas de estos países, sometidas a la combinación entre "comercio y tecnología" son las que corren mayor peligro. Lo que está en juego es su propia identidad colectiva y sus referentes simbólicos que se pueden ver seriamente condicionados por la limitación de la oferta cultural a disposición de sus ciudadanos. Así pues, el reto no es otro que la cohesión, presente y futura, de estas sociedades"[\[14\]](#).

En este sentido, aquellas propuestas que tiendan a propiciar la recomposición de los mercados culturales, a poner en marcha el activismo de los Estados y a promover la diversidad, deben ser incorporadas en la agenda del desarrollo de nuestros países, tomando en consideración cuestiones primordiales como: la necesidad de proteger los derechos individuales y colectivos de propiedad intelectual, el derecho a la producción y al consumo cultural, con especial atención a las pequeñas y medianas empresas culturales, y la salvaguarda del patrimonio, entre otros.

Los especialistas han llamado la atención también sobre la necesidad de desarrollar indicadores idóneos, diferenciados y unificados del sector para América Latina, donde salvo unas pocas excepciones, buena parte de la producción de bienes y servicios culturales queda agrupada bajo rubros totalmente ajenos. Contar con datos que nos permitan conocer los movimientos de audiencias, los montos de exportación e importación, y con todas aquellas variables útiles para cuantificar, presupuestar y evaluar el desempeño del sector.

Según un estudio publicado por el BID [\[15\]](#), la industria audiovisual latinoamericana factura 8 veces menos que la estadounidense y es 5 veces menor que la industria de la Unión Europea. Un desequilibrio que se amplía si consideramos sólo el sector de producción para cine y televisión. La facturación de las empresas estadounidenses en este caso es cuatro veces superior a la de sus competidoras europeas y está 14 veces por encima de las de América Latina y el Caribe.

En lo que respecta a los intercambios internacionales, la balanza comercial del sector audiovisual sigue siendo negativa para todos los países de la región, con

cerca de 2.600 millones de dólares de saldo en rojo. Este saldo negativo se encuentra conformado por las señales de televisión, las películas, el video y las industrias auxiliares y de equipamientos. El origen de los bienes y servicios audiovisuales importados responde en un 86% a la industria norteamericana, un 6% a Europa (excluyendo a España) y un 5% a los países iberoamericanos[16]. Por diversas razones (crisis económicas e inestabilidad monetaria, sobreproducción en otros países, estancamiento o retroceso del índice de lectura, fusiones empresariales, etc.) la industria del libro y la industria fonográfica, también se vieron afectadas en los términos generales de su desarrollo nacional y regional. Se trata entonces de alentar "políticas públicas integrales y transversales que reúnan aspectos culturales, sociales, económicos y fiscales" [17] y, asociaciones estratégicas de cooperación e intercambio que, reconociendo las asimetrías existentes entre Estados y entre regiones y, al interior de ambos, favorezcan mediante diferentes medios e instrumentos, el mantenimiento y ampliación de los bienes y servicios culturales, buscando la universalización del acceso a éstos y la extensión de la capacidad creativa de todos los ciudadanos, promoviendo políticas culturales que garanticen una presencia equilibrada de contenidos culturales autóctonos y foráneos, el fomento y la promoción de las expresiones culturales más vulnerables frente al riesgo de la homogeneización cultural.

El espacio cultural latinoamericano ofrece en este sentido un potencial que aún debe ser explorado y explotado: "No es un dato menor, la escasez de investigaciones de economía de la cultura sobre el impacto de la globalización en las industrias comerciales de Iberoamérica y las oportunidades que presenta" [18]. Sobre éste descansa el desafío de superar la asincronía en la integración simbólica y cultural con respecto al resto de las identidades y, al mismo tiempo, contribuir al desarrollo sostenible de nuestros pueblos. La Declaración de Guadalajara, en la III Cumbre Unión Europea-América Latina y el Caribe, ha recogido la necesidad de avanzar en una "exploración conjunta de los medios para mejorar la cooperación y la interacción"[19] en este ámbito.

[\[^ SUBIR \]](#)

Inclusión social y gobernabilidad

La construcción común del futuro a la que nos referíamos anteriormente, a propósito de la cita de Manuel Castells, se apoya en la necesidad de crear las condiciones de posibilidad para hacer del interculturalismo una realidad tangible. Para ello es necesario conciliar el respeto por las diferencias culturales y de valores con políticas económicas y sociales que hagan viable los diferentes proyectos de vida. Se trata de avanzar hacia una "integración-sin-subordinación (que) pasaría por el doble eje de los derechos sociales y los culturales, en que una mejor distribución de activos materiales va de la mano con un acceso más igualitario a los activos simbólicos (información, comunicación y conocimientos). Todo esto, con una presencia más equitativa de los múltiples actores socioculturales en la deliberación pública, y con un pluralismo cultural encarnado en normas e instituciones" [20]. En este contexto puede resolverse el reclamo que los movimientos étnicos, raciales, regionales y de género han venido promoviendo en defensa del derecho a su propia memoria, a la construcción de sus propias narraciones e imágenes. Es el caso de los grupos indígenas y afrodescendientes que, buscando una nueva institucionalidad, reclamando en muchas ocasiones ser parte del Estado y no tener un "Estado aparte", quieren ser actores de la política nacional y de la redefinición del Estado nación.

Su acción a favor de la multiculturalidad ha servido para impulsar y repensar el proyecto de nación en América Latina (un proyecto asentado sobre la idea de una ciudadanía más allá de la raza, el sexo, la edad o la religión), revisar y promover cambios en las políticas educativas y culturales, en el orden jurídico y en el político para saldar una histórica deuda interna. La Carta de Machupichu, firmada por los presidentes Andinos, la inclusión de la noción de Estado multicultural y pluriétnico en la Constitución de Bolivia, de un capítulo sobre los pueblos indígenas en la de

Brasil, el reconocimiento de la autonomía de las regiones indígenas en la de Nicaragua o de la autonomía de los entes territoriales indígenas en la de Colombia son algunos ejemplos de ello.

Por eso, moverse hacia una mayor igualdad de oportunidades y al mismo tiempo hacia un mayor espacio para la afirmación de la diferencia requiere propiciar una democracia de ciudadanía que, como sostiene el reciente informe del PNUD [21], exceda al régimen político como mero ejercicio de los derechos políticos. Es necesario, entonces apoyarse en los derechos políticos conseguidos para ampliar las democracias hacia los derechos civiles, sociales y culturales, reforzando de esta manera las capacidades institucionales que habilitan a ejercer la libertad de las personas.

La construcción de una identidad propia y su consolidación como identidad-proyecto requiere, entonces, emprender acciones destinadas a desterrar toda pretensión de desigualdad por razones de étnia, género, raza, procedencia, creencia o religión, lo que va de la mano de una expansión positiva de los derechos de los que menos tienen. Una expansión de derechos sociales como la educación, la asistencia, la vivienda o el trabajo, pero también de derechos como el de participar en la vida pública o el de gozar del reconocimiento y de la aceptación de sus prácticas culturales: "Este desacuerdo entre el estatus jurídico formal y las condiciones materiales y simbólicas de los países, y de los grupos o sectores dentro de cada nación, exige reubicar las cuestiones de la identidad, los derechos y la ciudadanía en una revisión profunda de las condiciones económicas y socioculturales con vistas a superar efectivamente las desigualdades" [22].

Una expansión de los derechos que, en algunos casos será, más bien, la elaboración y garantía de una nueva generación de derechos que permitan construir democracias capaces tanto de hacerse cargo de la heterogeneidad como de incrementar sus condiciones para dialogar con igualdad. Ya que, al fin y al cabo, como ha sostenido Rodolfo Stavenhagen, "los individuos son entes sociales y culturales que viven en sociedad, en comunidades, en colectividades. No hay derechos individuales al margen de la vida colectiva. Al considerar a los grupos subalternos, los marginados y excluidos, vemos que el goce de los derechos individuales pasa por el reconocimiento de los derechos colectivos: los de las minorías y de los grupos excluidos" [23].

La identidad es un factor importante a la hora de constituir lazos entre sujetos, vínculos societales que, a partir de diversos procesos de comunicación de sentido, engendren capacidades para la innovación social. Por eso, "tanto o más que objetos necesitados de políticas, la comunicación y la cultura son tornadas por la globalización en un campo primordial de batalla política: el estratégico escenario que le exige a la política densificar su dimensión simbólica, su capacidad de convocar y construir ciudadanos, para enfrentar la erosión que sufre el orden colectivo" [24].

[\[^ SUBIR \]](#)

A modo de cierre

El sincretismo cultural, ese rasgo característico de América Latina que Alejo Carpentier encontraba en el espíritu barroco, habla no sólo de una diversidad cultural y lingüística sino, y muy particularmente, de una profunda síntesis cultural recogida a lo largo de un proceso de mestizaje de cinco siglos que se anticipa a las ciudades multiculturales del nuevo milenio.

Sin embargo, como ha recordado Carlos Fuentes, "la continuidad cultural no ha encontrado aún una continuidad política y económica comparable. Una cultura hecha, por lo menos desde hace cinco siglos, por descendientes de europeos, aborígenes y africanos, carece aún de correspondencias y equivalencias profundas en el orden económico y político" [25].

Ahondar en la problemática de la identidad de una América Latina implica la definición de políticas que avancen sobre la conformación del espacio cultural

latinoamericano, que hagan viable una identidad susceptible de convertirse en proyecto, lo que beneficiará la integración cultural de América Latina. Una integración que permita consolidar una concepción abierta e integral de la cultura a partir de sostener las dimensiones jurídica, comercial, de cooperación e institucional requeridas para el tratamiento de los asuntos culturales, que se ocupe de la libre circulación de bienes y servicios culturales dentro del espacio latinoamericanos, del reconocimiento de nuestra identidad cultural como factor de cohesión social, creatividad y desarrollo sostenible, de la protección del patrimonio cultural material, inmaterial y lingüístico [26] y, que, en términos generales, nos permita aprovechar mejor las posibilidades que la globalización nos ofrece, pues, como hemos referido anteriormente, existe un vínculo indisoluble entre desarrollo y cultura.

[\[^ SUBIR \]](#)

-
- [1] Carpentier, Alejo, "Lo barroco y lo real maravilloso", Razón de ser, pp. 41-46, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1976.
- [2] Jesús Martín Barbero, *La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana*, Globalisme et Pluralisme, Colloque international, p. 9, Montreal 22-27 de abril, 2002.
- [3] Antonio Machado, "Juan de Mairena", Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- [4] Manuel Castells, "La era de la información. Economía, sociedad y cultura", vol. II (El poder de la identidad), Alianza editorial, Madrid, 1998.
- [5] Néstor García Canclini, *Iberoamérica 2002. Propuestas para el desarrollo cultural*, Néstor García Canclini (Coord.), "Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural", OEI-Santillana, México 2002.
- [6] Manuel Castells, *El poder de la identidad* en Diario El País, 18 de febrero de 2003.
- [7] Manuel Castells y Peter Hall, "Las tecnópolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI", Madrid, ed. Alianza, 1994.
- [8] Manuel Castells, "La era de la información: economía, sociedad y cultura", vol. I (La sociedad red), Madrid, ed. Alianza, 1999.
- [9] Javier Echeverría, "Los señores del aire: Telépolis y el Tercer Entorno", Barcelona, Destino, 1999.
- [10] Manuel Castells, op. cit., p. 53.
- [11] Jesús Martín Barbero, *Tecnidades, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo* en Diálogos de la Comunicación, p. 12, México, 2000.
- [12] Jesús Martín Barbero, *La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana*, Globalisme et Pluralisme, Colloque international, p. 22, Montreal 22-27 de abril, 2002.
- [13] VI Conferencia Iberoamericana de Cultura, Declaración de Cochabamba (Bolivia), 2 y 3 de octubre de 2003.
- [14] CERLAC-UNESCO, "Cultura, comercio y globalización", Bogotá, 2000.
- [15] Oficina Regional para Europa del BID, "Las industrias culturales en la relación Europa-América Latina", París, 2000.
- [16] Octavio Getino, *Economía de las industrias culturales de América Latina y el Caribe*, documento presentado en el Seminario "Industrias Culturales y Desarrollo Sustentable", organizado por la OEI y el CONACULTA, México, abril de 2004.
- [17] VI Conferencia Iberoamericana de Cultura, Declaración de Cochabamba (Bolivia), 2 y 3 de octubre de 2003.
- [18] Néstor García Canclini, *Iberoamérica 2002. Propuestas para el desarrollo cultural*, Néstor García Canclini (Coord.), "Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural", OEI-Santillana, México 2002.
- [19] III Cumbre América Latina y el Caribe - Unión Europea, Guadalajara (México), Mayo de 2004: "91. Reafirmamos nuestra convicción de que las industrias culturales contribuyen de manera fundamental a promover la identidad cultural y la

diversidad lingüística y cultural. También reconocemos la importante contribución de las industrias culturales en la promoción del desarrollo sostenible. Exploraremos los medios para mejorar la cooperación y la interacción América Latina y el Caribe-Unión Europea en este ámbito". [_ednref19](#)

[20] Martín Hopenhayn, *El reto de las identidades y la multiculturalidad*, p. 6, Revista Pensar Iberoamérica, Nº 0, Madrid, Febrero 2002.

[21] A.A.V.V., "La democracia en América Latina", Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Nueva York, 2004.

[22] Néstor García Canclini, *Iberoamérica 2002. Propuestas para el desarrollo cultural*, Néstor García Canclini (Coord.), "Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural", OEI-Santillana, México 2002.

[23] Rodolfo Stavenhagen, *Cultos, incultos y ocultos: las nuevas identidades latinoamericanas*, p. 50, Néstor García Canclini (Coord.), "Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural", OEI-Santillana, México 2002.

[24] Jesús Martín Barbero, *La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana*, Globalisme et Pluralisme, Colloque international, p.21, Montreal 22-27 de abril, 2002.

[25] Carlos Fuentes, Prólogo, Hernando Gómez Buendía (dir.), "Educación. La agenda del siglo XXI. Hacia un desarrollo humano", PNUD-TM Editores, Colombia, 1998.

[26] Cf., Jesús Prieto de Pedro, *Propuesta de convención o carta cultural Iberoamericana*, Cátedra Andrés Bello de Derechos Culturales, UNED-Univ. Carlos III, 1 de julio de 2003.